

## FRANCIA, EL VIET-NAM Y LA PROYECCION DE EUROPA EN ASIA

Sin pecar de pesimista, puede decirse que el problema planteado desde 1945 en Indochina presenta aún en la actualidad la mayoría de los caracteres propios de una situación que no está resuelta, al menos con ese mínimo de estabilidad que una situación ha de presentar para no provocar inquietud, es decir, posibilidades diversas de solución. Por otra parte, de buscar una explicación a lo que viene sucediendo en esa región del Continente asiático, acaso fuera preciso explicar previamente qué ha venido sucediendo en Francia, más aún, en Europa, desde que, habiendo llegado al apogeo de su expansión y dominio, el auténtico mundo occidental se ha detenido en su evolución y ha iniciado un proceso de involución que nos cuesta mucho trabajo entender, porque el concepto histórico difundido en la masa occidental moderna está condicionado por la idea del progreso indefinido. Tal vez sea ésta la razón de una tendencia generalizada a evadirse de las imposiciones de la realidad por un cómodo escotillón que lleva al plano de la ficción, de la utopía o de la abstracción. Allí, a salvo de la exigencia de *lo que es*, que entraña *lo que puede o ha de ser*, la mente se halla en situación de diseñar esquemas conceptuales y equilibrados edificios ideológicos, que no tienen otro inconveniente que no aplicarse a la realidad para la que fueron trazados o construídos. Algo y mucho de esto puede referirse al problema de la parte de la antigua Indochina llamada el Viet-Nam, sin que pueda decirse en justicia que Francia detenta el monopolio de esa forma sin gracia de la frivolidad política que consiste en moverse entre irrealdades y utopías en nombre de altos principios carentes de contenido.

Relatar la historia de la presencia francesa en Indochina desde que en 1858 Napoleón III inició en el Anam una campaña (1), que concluyó con la cesión a Francia de tres provincias de Cochinchina, hasta el estallido de la segunda guerra mundial, no es propósito que perseguimos.

---

(1) Turane fué ocupado en 1858 por un cuerpo de ejército franco-español.

No obstante, recordaremos, para una más clara inteligencia de los acuerdos posteriormente intervenidos con el joven Viet-Nam, que la península de Indochina organizada administrativamente bajo la dirección de un gobernador general, se componía de la Cochinchina, colonia francesa desde 1867; de los protectorados del Tonkin y Anam, sancionados por el Tratado de 6 de junio de 1884; del protectorado de Cambodia, que fechaba de 1863, y del de Laos, una vez que Siam hubo reconocido en 1907 los derechos de Francia sobre ese territorio. Por otra parte, señalamos que allí, como en sus restantes posesiones, junto a un esfuerzo para organizar, valorizar y explotar las posesiones citadas, cuyo conjunto constituía Indochina, Francia tuvo a gala difundir su cultura, su sistema de pensamiento y su ideología, ciertamente teniendo en cuenta el ambiente y la meta perseguida de afianzamiento en el país, hecho del que es prueba la escasez de cuadros políticos y administrativos indígenas de que ha dado muestras ese conjunto territorial al cabo de tantos años de presencia francesa. A pesar de esta cautela, no fueron menos operantes los efectos de la toma de contacto con una Europa, de que Francia fué la viva imagen en ese sector de Extremo Oriente, por lo que respecta a una minoría que no reaccionó en su totalidad en el sentido de un acrecentamiento de su apego a la potencia metropolitana o a la aceptación de su presencia en el territorio. La Declaración de los Derechos del Hombre, que han difundido las democracias occidentales, al pasar el tiempo ha cesado de ser una abstracción o un tema ideológico. Se ha convertido en una realidad, que proclama la soberanía de los pueblos y de los individuos. Y esa ideología, sembrada por el mundo ultramarino con la generosa y acertada intención de dignificar al hombre y alzarlo de la postración moral e intelectual que ha llevado a los pueblos a caer en dependencia, en vez de suscitar sólo un ansia de dignidad humana, ha despertado apetitos de poder y de independencia; independencia no sólo referida, con frecuencia, al deseo de desligarse del poder dominante, sino independencia considerada como una liberación de toda norma moral de toda limitación de poder de toda admisión de una instancia superior en último término, o sea, una formidable subversión, que, por otra parte, es el hecho característico de las masas metropolitanas en la actualidad. No apuntamos aquí el proceso de la ideología peculiar de la III República, aunque sí deseamos subrayar que era ésta muy representativa del ideal que ha sido la esencia de Europa desde mediados del siglo XIX hasta la primera guerra mundial, a partir de la cual empezó a ponerse en tela de juicio todo el esquema conceptual europeo; hecho éste que no dejó de proyectar fuera del área de Europa una inquietud, un malestar y unos problemas que eran típicamente europeos y que plantearon nada menos que la interrogante de la capacidad rectora de Europa.

Deteniéndonos brevemente ante el panorama que ofrecía Indochina en sus relaciones con Francia en 1939, recordaremos que ya en aquella época existía un fermento antifrancés en ciertos sectores de la población. Su cifra era, desde luego, reducida frente a un conjunto de 23 millones de habitantes. Pero existía ya (2). Por otra parte, hacer en Indochina una división maniquea entre radicalmente opuestos a Francia y conformes con su presencia, sería simplificar de un modo arbitrario y absurdo un panorama donde es más exacto señalar la existencia de una minoría activa antifrancesa, de otra minoría pro francesa y un vasto y amorfo cuerpo social, que en el terreno del hecho concreto que es la economía no se beneficiaba de una manera satisfactoria con la presencia francesa y que permanecía a la expectativa de la circunstancia que le llevara a inclinarse hacia uno u otro de aquellos extremos. Esta masa amorfa, de reacciones neutralizadas por la costumbre de ver a Francia en su suelo, siguió actuando con aparente normalidad por los carriles colocados de tiempo por la Administración francesa durante el período de hostilidades franco-alemanas, que no la afectaron directamente. Tampoco reaccionó en forma visible cuando inmediatamente después de la firma del armisticio entre Francia y Alemania, el 19 de junio de 1940, el Gobierno japonés hizo presente, en son de ultimátum, al gobernador de Indochina, general Catroux, su pretensión de que la frontera chino-indochina fuera cerrada y vigilada por funcionarios japoneses, a lo cual hubo de acceder el 20 de junio. El 2 de agosto los japoneses presentaron un nuevo ultimátum, esta vez para obtener determinadas facilidades militares en Indochina. Tras unas negociaciones realizadas en Tokio, el 4 de septiembre de 1940 se llegó a un primer acuerdo, completado el 22 del mismo mes, entre el Japón y el Gobierno General de Indochina, por el que se preveía la entrada de tropas japonesas en Indochina.

Pese a la presencia de tropas japonesas en el territorio, la Administración francesa —oficialmente no afectada por los acuerdos intervenidos—, y que también oficialmente estaba vinculada a Vichy, supo o pudo, o ambas cosas a la vez, no dejarse mediatizar sino de modo muy tenue y confuso por los inesperados ocupantes. Presentar esta capacidad de la Administración francesa para escurrir el bulto de la presencia nipona como un acto de heroísmo a inscribir en el haber del sector resistente de la misma, nos parece desenfocar los hechos, entre otras razones porque en la primera etapa de su disfrazada ocupación el Japón no dió muestras claras de su voluntad de dirigir Indochina. Habiendo establecido allí una base de operaciones contra Birmania y China, asignó al país

---

(2) En 1913, impulsados por el Príncipe Cuong-Dé, descendiente desterrado del Emperador Gia-Long, los nacionalistas indochinos pretendieron «expulsar a los franceses de Indochina». En 1931, un motín aniquiló la guarnición de Yen-Bai, en tanto que se produjeron manifestaciones y atentados en las ciudades y disturbios en las plantaciones. Ambos movimientos fueron enérgicamente reprimidos.

el papel de proveedor de arroz y víveres para sus ejércitos, y no consideró llegado el momento de derrocar el orden establecido para sustituirlo por el suyo en plena conflagración, lo cual no hubiera dejado de distraerlo de sus objetivos primordiales. La sabiduría le hizo ver que un orden, aunque execrable, es a veces preferible a una novedad.

La población indígena, aparentemente y en su conjunto, se inhibió de la situación creada por la presencia japonesa. No tanto, sin embargo como para que en noviembre de 1940 un movimiento no estallara en Saigón y durara una semana. Fué contenido por las fuerzas francesas. En las esferas oficiales al menos, se afectó no conceder al hecho el carácter de síntoma revelador de un estado de espíritu en gestación, sino meramente el de un suceso episódico que se produce lógicamente en circunstancias adversas para la metrópoli. La dificultad de la mente humana para adaptarse a la fluyente realidad, en particular en su aspecto político y social, posiblemente actuó en la mente de los hombres responsables de la situación indochina, impidiéndoles percibir que el cuadro habitual se iba transformando, que una luz desconocida se proyectaba sobre él, aun cuando las cosas seguían siendo muy semejantes en apariencia a lo que eran anteriormente. Ciertamente es que, salvo asesinatos aislados y sordas propagandas subversivas, los partidos revolucionarios no dieron muestras visibles de su actividad en ese período, a pesar de que en 1942 se realizó la unión de los diversos grupos activamente antifranceses, bajo la apelación de Viet Nam Doc Lap Dong Minh Hoi, o frente Viet Minh, especie de fórmula asiática de los Frentes Populares occidentales (3), donde el partido comunista indochino desempeñaba papel preponderante bajo la dirección de Nguyen Ai Quoc, mundialmente conocido con el nombre posteriormente adoptado de Ho Chi Minh. Sin embargo, no es menos cierto que esos partidos, de modo cauteloso y paciente, procurando no despertar el recelo del virtual ocupante francés y del presunto ocupante japonés, más temible que el primero, fueron propagando la idea de una subversión, que sorprendió más tarde a los franceses, como había de sorprenderles, ante la posibilidad de un desembarco aliado en combinación con la resistencia organizada en Indochina, el golpe de fuerza nipón de 9 de marzo de 1945, que aniquiló y redujo a prisión a los escasos efectivos franceses, dando el poder al grupo anamita, que se había acercado al Japón al suponer su victoria. No era este grupo el de los revolucionarios, aun cuando a raíz de la derrota del Imperio nipón, y explotando el odio que había suscitado, con fines propagandísticos se tendió a sentar como cierto que éste había recibido alientos de un Japón victorioso que, incluso vencido, seguía actuando en la sombra.

La situación creada en Indochina por los términos de la capitulación

(3) El Frente Viet-Minh fué al principio una creación china. Nació en 1941, bajo el impulso del gobernador de la provincia china de Kuang-Si.

japonesa de agosto de 1945, no fué sólo un rudo golpe para el prestigio francés en esos territorios. En el plano de la política internacional implicó, además, que las tres grandes potencias aliadas, reunidas en Postdam, admitían su eliminación de los mismos, como se desprende de los acuerdos tomados. Este hecho significaba, en último término, un retroceso de Europa, preñado de peligros, en el Sudeste asiático, que no supieron ver ni Inglaterra —rival del imperialismo francés y ya dispuesta a retirarse de la India—, ni Estados Unidos, cegados por su anticolonialismo doctrinal, sentimental y práctico a la vez. En cuanto a Rusia, ocioso es consignar que no puso trabas a esta aportación de aguas liberales y democráticas al molino marxista. Aplicando los acuerdos de Postdam y arguyendo que las fuerzas libres francesas no habían tomado parte en las operaciones del Pacífico, Inglaterra y China fueron las encargadas de controlar la rendición de las tropas japonesas estacionadas en Indochina. Para la aplicación del plan se acordó la división de la península en dos zonas, Norte y Sur, respectivamente, correspondientes a China e Inglaterra, y delimitadas por el paralelo 16. Esta división, tan arbitraria como la de Corea por el paralelo 38, originó un problema político que rebasa actualmente el ámbito de lo nacional para insertarse directamente en las preocupaciones internacionales, cual ha sucedido con el País de la Mañana Tranquila.

Descartada Francia de Indochina por omisión en los acuerdos de Postdam, una vez que Bao-Dai, siguiendo el ejemplo de su Gobierno, de hechura japonesa, hubo abdicado a raíz de la capitulación nipona; ocupado el territorio con carácter provisional por ingleses y chinos, se produjo una situación de vacío político generadora de las peores confusiones. Como la realidad histórica lo mismo que la Naturaleza no admite el vacío, algo había de llenar el hueco ahondado en Postdam en nombre de los altos ideales de fraternidad de los Tres Grandes. Ese algo fué el frente Viet-Minh, ya preparado para actuar. De suerte que sin vacilar puede decirse que Postdam es el punto de arranque formal del problema hoy internacional que representa el Viet-Minh comunista, como lo es también del problema de Corea.

El 15 de agosto de 1945, en el desbarajuste de la derrota japonesa, hace acto de presencia en Hanoi el Viet-Minh, bajo su forma de frente de partidos diversos nacionalistas y revolucionarios, sin que las tropas chinas que ocupan el Tonkin entorpezcan la oleada. El 22, el Viet-Minh consigue sin lucha la abdicación de ese personaje sin relieve moral ni político, que es el emperador de Anam, Bao-Dai, que acepta el título de «Consejero Supremo de la República democrática del Viet-Nam» y adopta el apellido de familia de Vinh Thuy, caso sin duda único en la Historia de la suerte ulterior de un emperador que renuncia a sus prerrogativas. Su abdicación permite al Viet-Minh recoger legalmente la

sucesión del Imperio e iniciar una ofensiva tendente al reconocimiento internacional de un Viet-Nam independiente que comprendería Tonkin, Anam y Cochinchina (4). Los acontecimientos se habían sucedido con un ritmo tan rápido que los funcionarios enviados por De Gaulle para restablecer la autoridad de Francia, y que llegaron a Indochina un poco de rondón, muchos de ellos lanzados con paracaídas sobre el territorio, se hallaron en presencia de un cuadro radicalmente nuevo, en que las fórmulas y métodos habituales carecían de eficacia y validez, tanto en razón de la marcha acelerada de los acontecimientos como de su carencia de medios materiales para frenarlos o encauzarlos. Por tanto, la situación de las autoridades francesas en los primeros tiempos de la «liberación» aparece como una terrible humillación, no sólo ante los ojos de los indochinos, sino también de los chinos y de los ingleses, y no sólo por lo que respecta a Francia, sino a la raza blanca que allí representaba. Sin embargo, el almirante d'Argenlieu, nombrado Alto Comisario de Francia y no ya gobernador general, se esfuerza en tomar pie en esa marea en crecida de total subversión, más revolucionaria que nacionalista. Pechando con las imposiciones del momento, ya que no pudo oponerse a las elecciones absurdas convocadas por el Viet-Minh para el 6 de enero de 1946, da para las mismas una aprobación, de la que se ha prescindido. Idéntica actitud adopta al constituirse en Hanoi un Gobierno Viet-Minh integrado por representantes de los diversos partidos unidos, por no hallar Francia, fuera de ese frente, hombres capacitados para hacerse cargo de la administración y dirección del país y que gozaran de la confianza popular, lo que a principios de 1946 le hubiera permitido acaso una sustitución o cambio de rumbo de los acontecimientos, aprovechando la momentánea debilidad de Ho Chi Minh como consecuencia de la falta de unidad interna del Viet-Minh. La carencia por parte de Indochina de una auténtica minoría selecta fomentó la constitución de un Gobierno a base del Viet-Minh, Gobierno en el que, aparte de unos mascarones de proa nacionalistas, el mando efectivo era ejercido por el sector comunista de Ho Chi Minh, minoría selecta del frente unido, organizada según los métodos soviéticos. De suerte que en perjuicio de Francia se cumplió la ley histórica de la minoría que toma ascendiente sobre la masa, la dirige y finalmente se impone a ella después de eliminar cuantos elementos dificultan su desarrollo siguiendo la línea exacta de una ideología de pocos reciamente organizados, en este caso en el sentido marxista. La neutralización primero y la eliminación después de los elementos del poderoso rival del sector comunista, el Viet Nam Quoc Dan

(4) La unión del jefe comunista Tran Van Gian y del Viet-Minh permitió la creación, el 25 de agosto, de un Gobierno Viet-Minh en Cochinchina. Actuó hasta el 25 de septiembre, en que, con la ayuda inglesa, Francia reasumió la dirección de su colonia, que tendió a considerarse como un territorio con destino distinto del Viet-Nam, lo que iba en contra de las aspiraciones de los nacionalistas anamitas, que reclaman tenazmente la unión de las llamadas tres Ktes, o sea Tonkin, Anam y Cochinchina.

Dong y también del Dong Minh Hoi, se consiguió en pocos meses. No fué tanto la obra exclusiva de la habilidad maniobrera de Ho-Chi-Minh como la consecuencia de no existir fuera del frente Viet-Minh algo que coartara sus movimientos internos. De consiguiente, Francia vióse obligada a tratar, cual si fuera legal en su origen y funcionamiento, con uu Gobierno a todas luces de base subversiva, desarrollándose su política en este período en el plano de la ficción. Francia pretendía seguir actuando como poder rector capacitado para asentir o disentir, con el frágil apoyo de un Cuerpo Expedicionario, mandado por Leclerc, y una escuadra que apareció por las costas, animada por la engañosa esperanza de que la retirada de las tropas chinas estacionadas en el Tonkín aclararía una situación que sus intrigas habían contribuido a embrollar, sino a crear. Por otra parte, Francia negociaba y trataba con Ho-Chi-Minh cual si estuviera en presencia de un poder legal. Que otro camino no podía seguir la IV República, es obvio decirlo.

Consecuencia de esta política, fueron los Acuerdos de 6 de marzo de 1946, concluídos con Ho Chi Minh, y que, en realidad sólo eran un «Convenio preliminar» destinado a preparar los verdaderos Acuerdos. Con el paso del tiempo, dicho Convenio aparece como una de esas treguas de que tantos ejemplos dan las revoluciones para recobrar alientos, ello desde el punto de vista de Ho Chi Minh, porque para Francia aparecieron como un arco iris anunciador de días mejores.

Sus términos admitían el recocimiento por parte de Francia de que el Viet-Nam era un estado *libre*, pero *no independiente*, con su Parlamento, su Ejército, su Hacienda y, naturalmente. su Gobierno, aunque Francia se reservaba el derecho de mantener tropas en el territorio, de intervenir en la Hacienda, etc., al mismo tiempo que exigía que el Vit-Nam siguiera formando parte de la Federación Indochina junto a Cambodia y al Laos, y también de la Unión Francesa. Por referendum se conocería si las poblaciones deseaban la unión del Tonkin, el Anam y Cochinchina.

Sobre esta base, que Francia juzgó un paso de gigante con relación al Estatuto anterior de aquellos territorios, se iniciaron las negociaciones previstas en el Convenio para determinar puntos tan escabrosos como el Estatuto futuro de Indochina, los intereses económicos y culturales de la nación vecina en el Viet-Nam y las relaciones diplomáticas del Viet-Nam con los países extranjeros. Tales negociaciones ocupan el escenario desde el 6 de marzo de 1946 hasta el 14 de septiembre del mismo año, empezando y fracasando en Dalat (Anam). Reanudadas en Fontainebleau, todo esfuerzo evidenció que era imposible llegar a un acuerdo partiendo del Convenio del 6 de marzo, admitido por un Ho-Chi-Minh que en aquel entonces no tenía la plena libertad de movimientos dentro del Viet-Minh de que gozó más tarde, cuando hubo anulado los partidos que

estorbaban la aplicación integral de su programa. Lo paradójico del caso es que las mismas autoridades francesas se habían prestado a esta maniobra de gran estilo destinada a crear el partido único, llevadas del deseo de simplificar el problema al no atender más que a un interlocutor. A pesar de que teóricamente todo resultara más sencillo, en la práctica, Francia se vió instalada con mayor fuerza en ese mundo que hemos calificado de ficción, en particular porque así se lo imponía la situación de la metrópoli debilitada por la guerra y la ocupación y entregada en la postguerra al juego de los partidos de muy iguales fuerzas que dificultaban la acción de unos Gobiernos que no tenían mayoría absoluta en la Cámara. Una de las características de la política que consiste en dar por resuelto lo que está pendiente, típica del mundo de la ficción, se dió con la negativa a admitir el fracaso de las negociaciones realizadas no ya con el Viet-Minh inicial, sino con un Ho-Chi-Minh que simbolizaba y personificaba la subversión revolucionaria del Viet-Nam y no la simple aspiración a la libertad e incluso a la independencia.

No bien firmado el *Modus Vivendi* el 14 de septiembre, empezó el clamoreo de la prensa vietnamita, que hizo hincapié en el hecho cierto de que en Fontainebleau no se habían logrado los objetivos fundamentales perseguidos por el Viet-Nam que era su «independencia», en tanto que Francia sólo hablaba de «libertad» (5), ni la unión de las Kíes, a la que Francia, que de nuevo gobernaba la Cochinchina, ponía trabas con el Convenio de 3 de junio de 1946, que daba al Gobierno de su hechura de Saigon poderes legislativos y reglamentarios. Junto a esta agitación verbal, se aplicó en el Viet-Nam un plan sistemático de sabotaje de la economía, al que la masa respondió en su conjunto; se dificultó la organización del control aduanero de Haifong, situación que el mando militar dilucidó apoderándose de esa ciudad y colocándola estrictamente bajo la administración francesa, en tanto que se organizaba el Ejército del Viet-Minh con férrea disciplina y en la sombra.

La rebelión armada, premeditada y bien planeada, estalló en Hanoi el 19 de diciembre de 1946. Por un aviso dado a última hora a las autoridades militares metropolitanas, no perecieron asesinados aisladamente los soldados del Cuerpo Expedicionario durante la hora del paseo. El aviso permitió, además, tomar algunas medidas, lo cual, unido a vacilaciones del Viet-Minh con sus correspondientes contraórdenes respecto a la fecha exacta de la sublevación, hizo que el plan no prosperase con la magnitud esperada.

A partir de esa fecha, trágica en los anales de la colonización francesa, la situación no ofreció ya lugar a dudas. Toda ficción se había de-

(5) En anamita existe una sola palabra, *doc-lap*, que significa indistintamente *libertad* e *independencia*, lo cual no facilitó las discusiones relativas a la vinculación del Viet-Nam con Francia



rumbado ante el empuje brutal de los hechos y sólo quedaban en presencia dos realidades: de un lado, la subversión marxista, que se fingía nacionalista y arrastraba a la masa indígena por convencimiento o por el terror; del otro, la minoría metropolitana que había dirigido, ahora debilitada y vacilante en cuanto al camino a seguir, en particular por falta de directrices precisas y de un firme apoyo prestado por la metrópoli, donde el partido comunista seguía poniendo el grito en el cielo en la Cámara, donde constituía una poderosa minoría coherente y disciplinada. Sin embargo, el drama de Hanoi provocó una reacción, y aunque realmente la guerra no empezó entonces en el Viet-Nam, fué entonces cuando los gobernantes franceses tomaron clara conciencia del hecho y empezaron a abandonar, por lo menos teóricamente, una política de chapuzas destinadas a reparar las grietas que se abrían en el edificio, para realizar una política de conjunto, en la medida en que lo permitía la falta de continuidad de su política interior.

Los esfuerzos se centraron en enunciar de un modo preciso unos principios que si ya habían sido expresados, lo habían sido entre tantas y tan variadas manifestaciones meramente verbales que resultaban inoperantes. No obstante, la acción del nuevo Alto Comisario, M. Bollaert, que sustituyó al Almirante d'Argenlieu en marzo de 1947, tropezó con la repetición de un hecho que ya había motivado la adhesión al poder efectivo del Viet-Minh. Nos referimos al vacío político creado por la subversión declarada de Ho-Chi-Minh y de sus huestes. Pero la absoluta carencia de solución a un problema político siendo un fenómeno reñido con la inventiva humana, en particular cuando no desdeña fórmulas artificiales o forzadas, después de un período de incertidumbre, ciertamente demasiado largo para la urgencia del caso, el Gobierno francés recordó la existencia de Bao Dai, o, mejor dicho, del Sr. Vinh Thuy, que como un simple particular había vivido retirado en Hanoi hasta que silenciosamente se había trasladado a China poco antes de los sucesos de diciembre de 1946. El propósito de hacer volver a escena al inocuo descendiente de los emperadores de Anam, coincidió con una reacción de parte de la población del Viet-Nam, cansada del estado de inquietud, desorden, crímenes y ruinas reinante en el territorio por obra de los desacuerdos entre Francia y el Viet-Minh. Se ha de subrayar a este respecto que fué sobre todo en Cochinchina, cuya inclusión en el Viet-Nam tropezaba con la resistencia de Francia y que sólo durante cien años había estado sometida al poder de los emperadores anamitas, pero antigua colonia en que la influencia francesa era más acentuada, donde la idea de recurrir a Bao Dai tuvo más partidarios. Incluso los jefes religiosos y adeptos del Cao Dai (6) y del Hoa Hao y todos los partidos nacionalistas, salvo el Viet-

(6) Se trata de una curiosa y nueva religión, que es una mezcla muy compleja de budismo y espiritismo, con interferencias, en el aspecto ritual, de religión católica. En la cúspide

Minh, naturalmente, se adhirieron a la iniciativa francesa de crear un Gobierno provisional del Viet-Nam, en tanto se llegara a un acuerdo con Bao Dai (7). Dicho Gobierno estaba destinado a sustituir los «Comités de gestión» creados por Francia como solución de momento y que estaban constituidos por administradores provisionales cuyos nombramientos quedaban supeditados a la expresión de la voluntad popular.

El discurso que el 10 de septiembre de 1947 había pronunciado M. Bollaert en Hadong había formulado los puntos de vista de Francia respecto a la cuestión vietnamita, por lo menos en aquel entonces, ya que uno de los defectos de la política realizada por Francia en esos territorios ha sido ir muy ceñida a la realidad del momento y, por tanto, siempre sujeta a revisiones, si no de principios, sí de detalles no carentes de importancia. Eran estos puntos de vista: 1.º Francia tenía el propósito de mantener su presencia en el Viet-Nam; 2.º Francia quería realizar la construcción de la Unión Francesa; 3.º Bajo reserva de sus legítimos intereses, Francia estaba dispuesta a conceder la *libertad* al Viet-Nam considerado Estado asociado, ello en el plano interior (gobierno, administración y hacienda). Excusado es decir que Ho Chi Minh rechazó con desdén estas propuestas que por una obcecación incomprensible algunos pensaron que se avendría a considerar. En cambio, Bao Dai, después de cierta vacilación, aceptó iniciar negociaciones.

Llevadas paralelamente con una guerra contra el Viet-Minh que se desarrollaba con notable escasez de medios, realizadas sobre la base de las propuestas de M. Bollaert en 1947, reajustadas y reconsideradas en 1948, las negociaciones fueron largas y difíciles y sólo en 1949, se llegó a un acuerdo. Francia lo juzgó y juzga definitivo, aunque no se nos aparece tan definitivo en opinión del Viet-Nam.

Reflejo ultramarino de las incertidumbres internas de la metrópoli, demasiado tiempo medió entre las declaraciones de M. Bollaert y la conclusión de un previo acuerdo sobre una base firme, cual era el establecimiento de un Gobierno provisional central del Viet-Nam bajo la presidencia del general Xuan (junio de 1948), que firmó en 5 de junio del mismo año la Declaración franco-vietnamita de la bahía de Along. Esta sentaba el principio de la entrada en la Unión Francesa de un Viet-Nam independiente, como ya lo había admitido anteriormente Francia, y dueño de constituir una unidad con las Kíes, lo que significaba una importante concesión o inevitable cesión de la metrópoli en relación a las anteriores negociaciones. Tan osada consideró el Gobierno fran-

---

del sacerdocio, en extremo jerarquizado, hay un jefe supremo, cuya autoridad recuerda la del Papa. En sus orígenes, hace unos treinta años, el Cao Dai se distinguió por su actividad antifrancesa.

(7) En septiembre de 1947 se había celebrado en Hong-Kong una conferencia de notables. Entre los que participaron a la misma, varios se agruparon en el llamado «Frente de Unión Nacional», anticomunista. Este frente comprendía dos partidos pro chinos (el Dong Minh Hoi y el Viet-Nam Quoc Dong Dang), el partido unionista cochinchino, los Caoaístas, la secta Hoa-Hao y las Juventudes nacionalistas.

cés esta aceptación de un Viet-Nam unido —que implicaba la renuncia a su antigua colonia de Cochinchina— en su programa político indochino, que no creyó oportuno pedir la ratificación por el Parlamento del Acuerdo de la bahía de Along, que quedó así un poco prendido con alfileres. La reticencia no se les pasó por alto a los vietnamitas y el resultado de ello fué que Bao Dai y sus consejeros se apegaron a pedir nuevas concesiones tendentes a aumentar las seguridades relativas a la unidad del Viet-Nam, todo ello con el inevitable aplazamiento de un acuerdo general, al que sólo se llegó el 8 de marzo de 1949.

Dichos acuerdos, coincidentes con el regreso de Bao Dai como jefe de Estado provisional nacionalista, aparte de la unidad del Viet-Nam comprendiendo las tres Kíes, contenía puntos tan importantes como el reconocimiento del derecho del nuevo Estado a mantener misiones diplomáticas cerca de ciertos países; el compromiso por parte de Francia de apoyar su ingreso en la O. N. U.; la creación de un Ejército vietnamita, aunque Francia conservara ciertas bases en el territorio y, en términos generales, disposiciones que significaban un avance cierto por el camino de la independencia en lo que respecta a cuestiones administrativas, judiciales, culturales y financieras (8). Por otra parte, Francia concedió suma importancia al hecho de que el Viet-Nam se aviniera a participar en su día en el Alto Consejo de la Unión Francesa, donde la política exterior de la Unión es coordinada bajo la dirección del Gobierno francés. El desarrollo posterior de los acontecimientos, no obstante, no ha justificado tal juicio, aun cuando permitía al Viet-Nam verse «así asociado a las deliberaciones capitales relativas a la Unión y de tal suerte desempeñar un papel de escala mundial», como escribió una pluma francesa. De hecho, los Acuerdos de 1949 sólo significaron un acercamiento a la auténtica realidad y no la plena coincidencia con la misma.

Porque la escueta realidad es que, quiera o no reconocerlo Francia, Inglaterra, las potencias europeas ultramarinas, Europa en una palabra, desde el final de la segunda guerra mundial algo de primordial importancia ha sucedido en el mundo, y es ésto: que «todo desplazamiento de poder, todo cambio del imperante, es a la vez un cambio de opiniones y, concretamente, nada menos que un cambio de gravitación histórica», como definió con penetrante anticipación del actual destino de Europa Ortega y Gasset. El poder, hoy día, ya no radica en Europa considerada en su conjunto o en sus partes. Está centrado en Estados Unidos, que polarizan la atención de una Europa cuyas fronteras geográficas son menores que la de su antigua proyección de influencia sobre el mundo. De ahí que en los albores mismos del joven Estado del Viet-Nam se obser-

(8) En 1950 se han firmado en Pau las convenciones interestatales (Viet-Nam, Camboya y Laos), que prevén la entrega a los Estados de los servicios económicos: comercio exterior, aduanas, planes, transformación de la estructura política y económica de Indochina.

vara una tendencia irresistible, tanto por parte de Francia como de su asociada, a inclinarse hacia los Estados Unidos en solicitud de una ayuda económica y militar. O sea que la misma Francia ha admitido como realidad insoslayable que ya no tenía ese poder que ha de acompañar a la acción rectora, si ésta quiere ser algo más que una ficción destinada a prestar vida artificial a un pasado muerto. Por cierto, que el exacto planteamiento de la cuestión, es decir, la supérfluo de que el Viet-Nam hubiera de dar sus primeros pasos internacionales asido forzosamente de la mano de su antigua metrópoli, fué percibido por los Estados Unidos, a pesar de que oficialmente aprobaran la fórmula amañada por Francia. A esta luz creemos que debe mirarse el viaje realizado por el embajador Jessup a finales de 1949 al Viet-Nam, en cuya ocasión entregó a Bao Dai un mensaje de Dean Acheson prometiéndole la ayuda americana tan pronto como fueran ratificados por la Cámara francesa los Acuerdos de marzo. El ofrecimiento, por cierto, se precisó en marzo de 1950 con la intención americana de prestar directamente al Gobierno vietnamita cien millones de dólares con vistas a crear un Ejército nacional.

Pero entre estos dos hechos reveladores del propósito americano de explotar los efectos de ese «desplazamiento de la gravitación histórica» a que hemos aludido, se producen dos acontecimientos que son consecuencia evidente de la actitud de Estados Unidos respecto al Viet-Nam. Nos referimos al reconocimiento, el 20 de enero de 1950, del Gobierno de Ho Chi Minh por Mao-Tse-Tsung, seguido del de la U. R. S. S. el 1 de febrero. No trataremos aquí de la violación del Derecho Internacional que significó la decisión rusa con relación a Francia. Sólo señalamos que, por encima de la antigua metrópoli, se tiraban la pelota los dos adversarios que se disputan la vacante que ha dejado en el mundo el derrumbamiento de Europa como poder rector. Es esto una prueba más de un hecho que rebasa un tanto nuestro entendimiento y que anula el viejo orden en que Europa, mediante sus diversas expresiones, llevaba la voz cantante.

Esta tendencia de Estados Unidos al diálogo directo, que no deja de tener adeptos deseosos de mantenerlo en el Viet-Nam, ha tomado incremento a lo largo de estos dos últimos años escasos por un motivo fundamental: la guerra que paralelamente a los problemas de orden político complica la situación de Francia en el Viet-Nam. Esta guerra, que no ha cesado un solo día, y cuyas peripecias son una página amarga del ocaso de Europa en Asia, origina, a nuestro juicio, un círculo vicioso, a saber: Francia, por sí sola, no puede sostenerla, al extremo de que la carencia de medios no le ha permitido equiparar un ejército vietnamita, que, en opinión de Wáshington y del mismo Mando francés, hubiera sido un auxiliar valioso en la lucha contra el Viet Minh,

que convendría que el país entendiera como una guerra civil de sentido nacional. Pero recabar el auxilio de Estados Unidos para terminarla suponía empujar al Viet-Nam por la pendiente resbaladiza de una vinculación con una nación prevenida contra todo vestigio de poderío colonial. Esto justifica las reservas de París, a la par que los imperativos de la necesidad insoslayable explican que en el octubre de 1950, ante los reveses del ejército francés, enfrascado en deficientes condiciones en una lucha de creciente intensidad contra un Viet Minh amamantado por Rusia y apoyado por China a través de la «frontera» chino-indochina, se concertara la concesión al Gobierno francés de 2.072 millones de dólares, cuyo destino era específicamente Francia e Indochina.

Fué entonces cuando pudo iniciarse la organización de un ejército vietnamita sobre la base teórica de 100.000 hombres para combatir el comunismo, que en ese territorio no se llama norcoreano, sino Viet Minh. Por cierto que este equiparar el problema militar indochino con el coreano no dejó de suscitar la impresión de que la O. N. U. actuaría eventualmente en Indochina, como lo venía haciendo en Corea a través de los Estados Unidos. A este respecto es muy probable que los grandes reveses sufridos por las tropas de las Naciones Unidas en el invierno 1950-51 en suelo de Corea hayan neutralizado el peligro que hubiera representado para los propósitos franceses de mantenerse en Indochina una intromisión de las Naciones Unidas en una lucha que al ser llevada al plano internacional hubiera acarreado el derecho de reconsiderar en Lake Success los términos de la vinculación del Viet-Nam con Francia. Lo cual, dada la presencia en la O. N. U. de la India, Filipinas y demás naciones recién independizadas o de doctrina anticolonialista, hubiera puesto a Francia en un aprieto. Pero la neutralización de este peligro que amenazaba a la nación vecina por la espalda, no hizo desaparecer, ni mucho menos, al que seguía teniendo enfrente, o sea, el Viet Minh en armas. De pasada recordaremos que los graves sucesos de octubre de 1950, y entre ellos la evacuación de Dong Dang, llave de la puerta de China, y luego de Langson, a 140 kilómetros de Hanoi, mostraron todo el peligro que entrañaba la situación militar de Indochina en orden a una invasión de la China comunista. Estados Unidos, entonces, multiplicaron sus envíos de armas, y Francia de refuerzos, en tanto que fué precisándose la idea de organizar en serio un ejército vietnamita para aliviar al Cuerpo Expedicionario, cuyos efectivos no podían ser aumentados hasta la cifra de 400.000 hombres, señalada en el informe del general Juin de regreso de su viaje de inspección por esos territorios.

Así, llevada por las circunstancias, Francia se halló ante la disyuntiva de exponer el Viet-Nam a una invasión comunista nutrida por China bajo la máscara del Viet Minh, o recibir los coletazos del anticolo-

nialismo americano si había de recabar la ayuda de Wáshington a la medida de sus grandes y perentorias necesidades militares. Con este fin, y no obstante el peligro apuntado, en septiembre de 1951 el Alto Comisario de Francia y Comandante jefe de las fuerzas combatientes en el Viet-Nam, General de Lattre de Tassigny (9), se trasladó a Wáshington. El 23 del mismo mes, los Departamentos de Estado y Defensa publicaron un comunicado conjunto en que se anunciaba el acuerdo de Estados Unidos y Francia para la defensa del Sudeste asiático y el aceleramiento del «ritmo de los envíos de gran número de clases de material». En el mismo comunicado se decía también que «no existe ninguna divergencia entre la política de los Estados Unidos y la de Francia en relación con los Estados asociados», precaución ésta que bien muestra que precisamente la preocupación de Francia es que exista la tal divergencia.

El acuerdo a que se llegó permite, entre otras cosas, equipar, a medida que se constituyan, los ejércitos nacionales vietnamitas, para los cuales de Lattre de Tassigny dijo que estaba preparado un cuadro de mil oficiales autóctonos. Posteriormente las operaciones contra el Viet Minh han empezado a acusar una cierta ventaja por parte del ejército insistentemente llamado ahora franco-vietnamita (10), lo cual no permite señalar para un plazo ni próximo ni lejano la liquidación de una guerra que en un aspecto fundamental se plantea en los mismos términos que en Corea, es decir, en el aspecto de la frontera común con la China roja, que entre depuraciones y medidas drásticas, y a pesar de la pésima situación económica, ha conseguido consolidar su posición militar en el Sur y acrecentar el potencial de sus industrias de guerra. De suerte que la exacta proporción del problema bélico del Viet-Nam es, en rigor, la de un problema local dentro del inquietante panorama asiático. Que una medicación local haya de aplicarse aun cuando la causa auténtica del mal está localizada en otro punto del organismo que no es posible tratar, es evidente; pero sin esperar de esa terapéutica limitada una curación definitiva. Por ello tendemos a considerar el Viet-Nam, con sus dificultades políticas, económicas y bélicas, como un asunto que rebasa la capacidad de solución de Francia para entrar de lleno en el conjunto de preocupaciones de Estados Unidos, que soportan la responsabilidad de la dirección de ese ámbito ensanchado de Europa que llamamos Occidente (11). Tal sucede, en primer lugar, en razón de su predominio económico, pero también, en el caso concreto de Asia, porque Europa ha dejado o está dejando un hueco en ese Continente, sin

(9) El reciente fallecimiento del General de Lattre de Tassigny es de temer acelere el proceso en curso en el Viet-Nam de desvinculación total de Francia.

(10) La situación, francamente más favorable, ha hecho posible la creación en París del Alto Consejo de los Estados Asociados, que, por lo demás, sólo comprende los territorios asiáticos de la Unión Francesa, y que hasta ahora no había podido empezar a funcionar como de previsto.

(11) El Pacto de Ayuda australiano-neozelandés-norteamericano de 1 de septiembre de 1951, en que corresponde a Estados Unidos la garantía del Pacífico, subraya el hecho de la dirección estadounidense.

que esto implique forzosamente que Estados Unidos hayan alcanzado un grado de madurez política que motive en sí esa sustitución. La especie de ingenuidad de los principios que informan en parte su política exterior parece confirmar la opinión de que para desempeñar con absoluta propiedad un papel rector, el criterio selectivo de que «en el reino de los ciegos los tuertos son reyes», políticamente no ha sido nunca una fórmula realmente constructiva, aunque permite salvar ciertos baches históricos, como el de la coyuntura actual, en que se acusa el desfallecimiento de una Europa que pide auxilio al Nuevo Mundo (12).

En el sector de Asia que nos ocupa, el joven Viet-Nam, era Francia la que representaba a Europa. Por ello, sobreponiéndonos a unos nacionalismos rígidos, que en el momento europeo que vivimos aparecen con ribetes de provincianismo, creemos que, en calidad de europeos, hemos de acusar como un tanto en contra la visible tendencia del Viet-Nam a volverse hacia el pujante sol estadounidense. Tal han subrayado las palabras del jefe de la Delegación vietnamita que, haciendo sus primeros pasos internacionales, ha asistido a la Conferencia de la Paz con el Japón. El señor Van Huu, Presidente del Consejo y Ministro de Asuntos Exteriores del Viet-Nam, en su viaje de regreso, dijo en París: «Vuelvo de Estados Unidos completamente convencido de que los países jóvenes que acaban de lograr su independencia serán protegidos en el porvenir.» En la misma ocasión, después de insistir en los esfuerzos de Estados Unidos para proteger «al mundo de la opresión», expresó la seguridad de que «la causa de la independencia y de la libertad del Viet-Nam será defendida por los Estados Unidos».

Conocida la posición de los Estados Unidos frente al problema colonial y sus supervivencias, y recordando las dificultades con que Francia tropezó hasta llegar a un acuerdo con el Viet-Nam insertado en la Unión Francesa, cobran su total significado las palabras de persona tan autorizada como el señor Van Huu, anticomunista decidido, tranquilizado por los esfuerzos de Washington para salvar al mundo de la «opresión», pero confiado al mismo tiempo en que será defendida a su vez «la causa de la independencia y la libertad».

Apenas si existe profesión más arriesgada que la de profeta. Sin embargo, no se pretende actuar como tal al no desviar los ojos de la realidad, que, por supuesto, carece de unicidad por presentar este o aquel aspecto según sea el ángulo desde el que se la considere. Y este ángulo ni es ni puede ser el mismo para un europeo, un americano o un asiático, a pesar de que las palabras empleadas para expresar la visión que se tiene se asemejen o coincidan. En este sentido hasta puede decirse que la palabra, cuya misión es aclarar y armonizar las mentes, en la

(12) El 11 de enero se inició en Washington una conferencia militar consagrada al examen de las amenazas que gravitan sobre el Sudeste asiático y de los medios para hacer frente a tal situación.

práctica suele servir para confundirlas. La confusión de la Torre de Babel quizá más se debiera al desconcierto provocado por las divergencias de lenguajes mentales que de lenguajes articulados. De consiguiente, para un asiático o para los asiáticos cuya mentalidad se asienta sobre un substrato budista, que no anula la cultura europea, la Historia no es un fenómeno horizontal, tendente hacia el progreso indefinido. No es siquiera un fenómeno que historiadores sutiles, pero occidentales, definen como una renuncia de la voluntad de acción, un agotamiento del poder creador de la minoría (Toynbee). La Historia es, para Asia, un ciclo inexorable, semejante al de las estaciones, en que se suceden el nacimiento, el pleno desarrollo, el agotamiento y la muerte. Y para Asia, sea comunista o no, lo que justifica fundamentalmente su postura en el plano de la política internacional es que Europa, representada por las potencias que imperaron en Extremo Oriente, está en pleno período de agotamiento de un ciclo histórico que se ha cumplido.

Prescindiendo deliberadamente —para no complicar una cuestión de por sí complicada— de un amplio sector asiático que constituye una «tercera postura», y que es a la vez anticapitalista y anticomunista, para una parte nada desdeñable de Asia el poder históricamente ascendente es Rusia, o al menos la idea que Rusia sustenta. Para otra, es Estados Unidos. A Europa no le corresponde ya ningún papel activo en el futuro. Este parece ser el punto de vista del Viet-Nam, que, aunque pesa admitirlo, no parece desacertado dentro de la línea de desarrollo lógico de los hechos si Europa no logra entender que tiene la inexorable obligación de renovarse so pena de perecer. De consiguiente, tampoco le corresponde un papel a Francia, que representaba un factor europeo y era minoría dirigente desde hace un siglo de un Continente que dirigía al mundo. Pero Francia está hoy hipotecada por la debilidad, no ya nacional, sino continental de una Europa remecida por una crisis que no es sólo de sus valores espirituales, sino de los principios y conceptos liberales y capitalistas, que han desembocado en el imperialismo y han llegado a sus últimas consecuencias sin ser sustituidos por otros; esto es, de una Europa desquiciada por el hecho que genialmente se ha definido «rebelión de las masas», y que es en rigor el fracaso final del sistema que durante un siglo ha sido la razón vital de Europa. Ahora esa rebelión rebasa los límites de la nación. Se da en la escala superior a lo nacional, en esa dimensión hipertrofiada de la nación moderna que fué el Imperio. Aun cuando se presenta bajo los rasgos de un nacionalismo autóctono, no es en su raíz sino una de las formas que adopta la subversión de la masa contra el poder dirigente, cuyo motivo entrañable de acción ha sido el provecho material, o sea, contra esas expresiones genuinas de una Europa que ya no puede ir más allá por el camino emprendido alegremente hace un siglo. En este camino, el



hecho colonial, en su planteamiento moderno, no apareció provocado por un azar fortuito. Es característico de las dos naciones que más han prosperado en el clima del liberalismo capitalista: Inglaterra y Francia. Pero la agonía del sistema, la decadencia misma de sus más señaladas valedoras, no significan que se pueda dar por no existentes el conjunto de realidades económicas, políticas y culturales originado por el hecho. Significa solamente la ineludible obligación impuesta, no ya a esta o aquella nación, sino a Europa toda, de rectificar el rumbo, adaptándose a la nueva realidad para reasumir un papel que no sea de dirección informada por motivos de estrecho nacionalismo, egoísta y de cortos alcances, pero sí de auténtica rectoría, con pensamientos nuevos, nuevas normas y nuevos métodos, dentro de la permanente universalidad de una Europa cuyas fronteras espirituales fueron siempre más amplias que las fronteras geográficas, como lo muestra la Historia.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA

